

La vida en Cuba de Martín Martínez Fidalgo, emigrante de Viñas de Aliste

Estrella Martínez Pérez

Corría el año mil novecientos uno, un dieciocho de junio nace en el seno de una familia, del pueblo de Viñas de Aliste, provincia de Zamora, España, Martín Martínez Fidalgo, mi padre.

Sus padres, Juana Fidalgo Suárez y Rogelio Martínez González eran muy pobres. El matrimonio, oriundo de la zona, se dedicaba a las labores del campo. Mi abuelo trabajaba en los sembrados, mi abuela estaba al cuidado de los hijos y de los quehaceres de la casa, habían concebido cinco hijos, cuatro varones y una hembra: Clemente, Eduardo, José, Martín (mi padre) y María. Eran tiempos difíciles, especialmente en las zonas rurales, época de hambruna, mucha escasez y poco dinero.

Los hijos varones ayudaban a su padre en la faena, pero el fruto del trabajo era escaso. Trabajaban como jornaleros del campo por unas pocas pesetas que apenas les alcanzaba para comer. Era una etapa difícil. España acababa de perder lo que restaba de su poderío económico, su última colonia en América, Cuba. Pocos años antes¹ [sic], también había perdido las Filipinas, su colonia en el Oriente asiático, por la ingerencia de Los Estados Unidos de América.

Muchos de sus hijos tuvieron que emigrar al exterior para mejorar la precaria situación económica de la familia, época de separaciones, de decisiones difíciles, de familias divididas, sólo con la esperanza de triunfar y regresar al cabo de unos años a su querida tierra, con suficiente capital para emprender una nueva y próspera vida.

Fue en ese clima social que la familia de mi padre, como tantas otras familias de España, se planteó la posibilidad de emigrar al continente ameri-

¹ Filipinas se pierde, al igual que Cuba, en 1898 (N.E.).

cano, a la tierra prometida, para probar suerte, en un principio, en un corto viaje de ida y vuelta, aunque de no lograr su objetivo, podía ser de no retorno.

Primeramente debían decidir cuál sería el destino. En esa época existían varios: Argentina, México, Chile, Cuba... Por conversaciones con amigos y conocidos habían oído hablar de la riqueza de aquellos lugares de América, en pleno desarrollo, rebosantes de oportunidades de una vida mejor y con mucha necesidad de fuertes, tan necesarios para realizar tantos trabajos. Ante ellos la aventura de viajar a un país diferente y desconocido, pero con un idioma común, el español, lo que hacía de [sic] más fácil la decisión.

En una primera etapa viajaría el padre con Clemente, Eduardo y José, los hijos mayores, para crear las condiciones que les permitiesen luego buscar a mi abuela y a los más pequeños, si todo resultaba como ellos pensaban.

Fue una decisión muy difícil, pues mi abuela tenía el temor de que jamás volviera a ver a su familia y nunca estuvo de acuerdo con la partida de ellos, pero en aquella época no había muchas opciones y así con este presentimiento, finalmente, aceptó la partida. El destino final había sido La Habana, Cuba, donde tenían algunos amigos que llevaban ya tiempo y los habían influenciado en la decisión del viaje, prometiéndoles acogerlos en sus primeros días y encaminarlos en los futuros trabajos.

En mil novecientos diez, mi abuelo viajó con Clemente, Eduardo y José, empleando los pocos ahorros de que disponían. En aquellos años los viajes al continente americano eran sólo en barco, dejando a mi abuela al cuidado de la casa y con la promesa de comunicarse a través de las cartas y dejándole unas pocas pesetas para que lograra sobrevivir, hasta que ellos pudieran enviar dinero.

Mi padre Martín no soportaba la idea de quedarse en Viñas a esperar a que lo mandaran a buscar, extrañaba a su padre y a sus hermanos, sobre todo a José, que era su hermano preferido. Sola la idea de salir del pueblo para conocer otras tierras lo hizo acelerar su plan de viaje. Tenía sólo trece años de edad y sin dinero. Estuvo averiguando con algunos amigos la forma de viajar a La Habana y descubrió la posibilidad de hacerlo embarcándose como polizón en cualquiera de los barcos franceses que por aquella época cubrían la ruta marítima a La Habana. Su condición de niño lo favorecía, pues podía esconderse en cualquier lugar de la bodega del barco y luego cuando estuvieran en alta mar aparecería en cubierta y la vuelta sería imposible. Así llegó a La Habana en el mil novecientos catorce a la edad de trece años. En unos de los bolsillos de su pantalón, arrojaba su mayor tesoro, la dirección del lugar donde su padre y hermanos se alojaban. Durante la travesía realizó algunos trabajos en la cocina y cubierta del barco para, de una forma simbólica, poder pagar el precio del pasaje.

Mientras en Viñas, mi abuela había quedado desolada con su única hija María, quien también había decidido emigrar, pero a Buenos Aires, con una

amiga, a la que le habían propuesto trabajo de doméstica, en la casa de unos zamoranos quienes habían hecho fortuna y se habían radicado en el lugar. María era joven y saludable con muchas ganas de salir adelante en el mundo y así también poder ayudar a su madre. Emigró y nunca más volvió a ver a mi abuela Juana, pero durante años se comunicó con ella a través de cartas, hasta el día que Juana murió.

A la llegada de mi padre a Cuba, se reunieron padre e hijos y decidieron viajar al interior del país. Ofrecían trabajo, alojamiento gratis y mejores condiciones de vivienda que en La Habana, donde tenían que pagarse el alojamiento.

Mi padre trabajó en diferentes lugares y realizó disímiles oficios, tales como zapatero, mozo de limpieza, como jornalero del campo. Era pobre y sin recursos, así que todas las propuestas de trabajo las aceptaba con entusiasmo. Seguía comunicándose con mi abuela y de vez en cuando le enviaba algún dinero.

En el Central Pina en Camagüey, mi padre se accidentó durante una jornada de trabajo, accidente que casi le cuesta la vida, pero que le dejó secuelas que le acompañaron toda la vida. Casi pierde su pie derecho, dejándolo cojo y disminuyendo así sus aptitudes físicas para el trabajo rural, pero ello no evitó que siguiera trabajando duro. Después de su recuperación no dejaría de desear de encontrar una buena mujer y formar una familia, pues había echado raíces en este país que lo había acogido como suyo.

Tiempo después viaja a las provincias orientales, al central Mabay en la actual provincia de Granma, pues le proponen un nuevo empleo, como carbonero. Aquí conoce a la mujer que lo acompañaría toda su vida, María Dolores Pérez, mi madre, que en ese entonces tenía sólo 15 años de edad y estaba prometida en casamiento a otro hombre, mucho mayor que ella, al cual no amaba, pero en esos años la mujer no podía pensar en el amor. Se valoraba la condición económica del futuro marido, la dote y los medios con que contaba para mantener una familia, el amor y lo demás vendrían después con los años.

Ella había visto a Martín en varias ocasiones y habían simpatizado. Él, junto a otros trabajadores, iban a su casa a beber café en las mañanas y a pesar de su cojera y de ser un hombre de pocas palabras, era joven. Tenía 29 años, era decente y fuerte. Él la veía como la mujer ideal para formar la familia que tanto soñaba y a pesar de ser casi una niña estaba preparada para realizar todas las tareas de una casa.

Lo planearon todo y decidieron unirse e irse del lugar, y para cuando la familia se diese cuenta sería tarde y no habría vuelta atrás. Así lo hicieron y se fueron a vivir a un batey² que se llama El Palo de Canabacoa en el actual

² En las explotaciones agrarias de Las Antillas, espacio ocupado por las casas, barracón, almacén, etc. (N.E.).

municipio de Bartolomé Masó de la provincia Granma, no lejos del lugar donde vivía la familia de ella. Antes del primer año, nació su primogénito, al que pusieron por nombre Rogelio, en honor a mi abuelo. Fueron once los hijos que tuvieron en total: Rogelio, Lucina, Juana, Ángela, Estrella, José, Glicería, Martín, Gervasio, Roberto y Óscar el más pequeño que falleció en 1976 con 24 años de edad víctima de una enfermedad del corazón, un duro golpe para mis padres, del cual nunca llegarían a recuperarse.

Actualmente de aquellos once hijos viven nueve y dos fallecieron. Mis padres vivieron juntos por 55 años y nunca registraron esta unión, solo después de la muerte de mi padre, por motivos legales, se hicieron los trámites necesarios. Su relación fue siempre muy respetuosa. Para él, ella siempre fue Lola.

Al poco tiempo de formar su familia y establecerse en su nueva residencia, mi padre se dedicó al oficio de herrero. Tenía un local propio y realizaba trabajos para los vecinos de la zona y personas que venían de lejos para encargarle algún trabajo específico.

Para el autoabastecimiento de la familia, sembró arroz, frijoles y hortalizas, crió animales de corral: aves y cerdos, más alguna que otra vaca y caballos. Era un hombre de una fisonomía endurecida por los años de trabajo, de carácter hirsuto y de poco hablar. No fumaba, no bebía, entre sus platos favoritos estaba la sopa, la cual no podía faltar a la mesa de cada día, el cocido de garbanzos, los potajes de frijoles y la carne de cerdo. En las noches se reunía con vecinos y amigos de la zona muchos de ellos isleños, a jugar [sic] dominó, uno de los pocos entretenimientos que disfrutaba. En la casa era ley, a la hora de la cena, estar todos presentes y en esto era inflexible. Aún lo recuerdo, sentado en su taburete, recostado a la pared, con algún nieto sentado a la rodilla. Disfrutaba mucho de la compañía de sus nietos y cómo no recordarlo sentado a caballo, con su sombrero de yarey².

Murió el 18 de agosto de 1986 a los 85 años de edad. Al morir, su familia estaba formada por 44 nietos, 77 biznietos y 4 tataranietos, toda una gran familia. Del resto de sus parientes sabemos que su padre murió en La Habana, así como su hermano Clemente quien fue boxeador. De su hermana María, nunca más se tuvo noticias. José se estableció y formó una familia en Palma Soriano, Santiago de Cuba y falleció en 1994. Eduardo fue deportado a España en 1933 por motivos políticos y fue el único que regresó al terruño. Al momento de partir éste a España dejó mujer y 4 hijas, de las cuales aún tres viven. Allá en España y en Viñas se estableció y formó una nueva familia de la cual tuvo tres hijos, todos vivos que viven en Valladolid y Zamora. Nunca

² Planta de la familia de las palmas cuyas hojas se usan para tejer sombreros. (N.E.).

más volvió a ver a su familia en Cuba, ni mantuvo ningún contacto con ellos. Falleció en España.

En el año 2001 supe de la existencia de la Colonia Zamorana en La Habana y a sugerencias de amigos, ingresé a [sic] ella en este mismo año. Posteriormente lo hicieron mis hijos y un hermano. También comienzo los trámites de recuperar la nacionalidad española y me es otorgada el 12 de agosto del 2002.

Durante este período he participado con mi familia, en casi todas las actividades organizadas por la colonia, habiendo siendo felicitada, por mi destacada participación. A través de las gestiones realizadas por una amiga radicada en Madrid, contacté con los hijos de mi tío Eduardo y ellos conmigo por una llamada telefónica. Actualmente no mantenemos correspondencia mutua, aunque yo les he enviado cartas y fotos de mi familia para que conozcan a sus integrantes, y aunque nuestras relaciones no son las más cálidas que yo quisiera, me ha gustado conocer de ellos y del lugar donde nació y se crió mi padre, de ese gran país que es nuestra madre patria, España.